Carlos López Hernández

Homilía del Sr. Obispo

Misa Crismal del año 2017

La Palabra y los signos sacramentales de esta celebración nos remiten a la unción por el Espíritu y al mismo Espíritu Santo como actor principal en la historia de salvación de cada uno de los llamados a la fe y al seguimiento de Jesucristo. Esta celebración es para cada uno de nosotros memoria viva y alegre de nuestra inserción personal en el misterio pascual de Jesucristo. El Padre nos ha elegido y bendecido en Cristo para que seamos intachables en el amor que el Espíritu regala a sus hijos (cf. Jn 15,16; Ef 1, 1-6). Somos los "ungidos" por el Espír1itu del Señor como "*reino y sacerdotes para Dios, su Padre"* (Ap 1,6). Y participamos de la unción de Jesús, el Ungido de Dios, el Cristo de Dios, enviado a nosotros como Mesías Salvador. Esta unción nos capacita para seguir a Jesús y continuar su misión de testimonio del Evangelio.

De forma especial, los presbíteros hemos sido **Ungidos** en nuestra ordenación sacerdotal con la fuerza del Espíritu Santo para ungir y santificar al pueblo santo. Jesús nos ha enviado con la fuerza de su Espíritu a anunciar el Evangelio, a bautizar (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Nos ha entregado su Espíritu para perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); y nos ha encargado continuar su servicio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-1. Nos reitera cada día la pregunta fundamental que hizo a Pedro: *"¿Me amas, me quieres?"*. Y, ante nuestra respuesta afirmativa, nos renueva la misión encomendada: *"Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas"* (Jn 21, 15-17). En nombre de Jesús, el apóstol Pablo nos exhorta: *"Tened cuidado de vosotros mismos y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo"*(Hch 20, 28).

La unción del Espíritu y el envío a la misión, que hoy es de nuevo actual, nos llama a todos, fieles cristianos y presbíteros, a revivir la escena del primer encuentro del Resucitado con sus discípulos al anochecer del primer día de la semana, es decir, a volver a la experiencia de alegría, paz y acogida del Espíritu Santo de la Pascua primera y de Pentecostés (Cf. Jn 20, 19-23).

Esta escena del Evangelio de Juan la hemos meditado con frecuencia durante el proceso de nuestra Asamblea Diocesana, como fuente de nuestra renovación espiritual y misionera. Y es bueno volver a ella al dar los primeros pasos de aplicación de sus propuestas, teniendo a Jesucristo como referencia y a su Espíritu como guía y agente principal de nuestro testimonio y anuncio del Evangelio. Así podremos asumir el encargo de la Asamblea en relación con el **Primer Anuncio** del Evangelio a los no creyentes**,** eslabón perdido en los últimos tiempos de nuestra tarea pastoral ordinaria en las iglesias de antigua implantación. Por ello mismo, requiere entre nosotros un nuevo **comienzo o nuevo impulso.** La Asamblea nos lo presenta así:

"En el corazón de la misión de la Iglesia siempre ha estado presente el Primer Anuncio del nombre de Jesús. Hoy es más necesario y apremiante en poblaciones enteras que dimiten del Evangelio o incluso parecen perder el deseo y sentido de Dios.

Este Primer Anuncio es hoy también necesario para muchas personas que inician su proceso de catequesis o se acercan y preparan a recibir los sacramentos de la Iglesia."[1]

Esta propuesta de la Asamblea debe ser una **prioridad en los afanes apostólicos de todos,** en especial de los presbíteros**.** Y nuestro primer anuncio del Evangelio ha de reunir las características que el Papa Francisco nos ha mostrado como necesarias en todas partes: Que el anuncio *"exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena"* (EvGa 165).

Sin entrar en detalles de práctica pastoral, permitidme algunas referencias a obstáculos de fondo, que nuestro contexto cultural presenta al ejercicio del primer anuncio, así como a su posible superación con auténticas motivaciones doctrinales, espirituales y apostólicas.

1. La finitud como horizonte infranqueable

El sector de nuestra sociedad más influido por la cultura de la modernidad tiene muy arraigada la convicción de la finitud constitutiva de la existencia humana, que no sería posible superar ni transformar.

Los rasgos de esta finitud son la inmanencia cerrada a toda apertura a la transcendencia; la afirmación de la mera temporalidad frente a la esperanza en la vida eterna; y el reconocimiento de la calidad del hombre sin Dios.

2. La Resurrección como metamorfosis de la finitud

"Todos seremos transformados", afirma Pablo en la carta a los corintios (1 Cor 15, 52) para explicar cómo se realizará la resurrección. El fundamento y modelo es la transfiguración y resurrección de Cristo, de las que fueron testigos Pedro, Santiago, Juan, los demás once apóstoles y numerosos los discípulos (cf. Mt 17, 2; Lc 24, 34; 1 Cor 15, 5-8). Nuestra fe se basa en su testimonio y en la acción del Espíritu en nuestro interior, que supera nuestra dificultad de admitir que *"Dios resucitó al Señor y nos resucitará también a nosotros con su poder"* (1 Cor 6, 14) y que *"él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso"* (Flp 3, 21).

La resurrección se manifiesta como transformación del creyente por el perdón de los pecados y el inicio de una vida nueva en el Espíritu; y también como inicio de una

[1] Orientaciones de la Asamblea Diocesana, pag. 76**.** En concreto, la Asamblea ha propuesto: "Crear un **Espacio Diocesano sobre el Primer Anuncio** para reflexionar e iluminar las situaciones sociales y religiosas; discernir qué personas, ámbitos, sectores y territorios necesitan en nuestra Diócesis un Primer Anuncio; conocer nuevos métodos e iniciativas ya existentes en la Iglesia; formar agentes de pastoral del Primer Anuncio e impulsar acciones de primera evangelización en los ámbitos diocesanos. Para llevar a cabo las acciones de este espacio diocesano, se creará un **equipo misionero de salida** o primer anuncio."

transformación de la creación entera, que "fue sometida a la frustración, no por su voluntad", con la esperanza de ser "liberada de la esclavitud de la corrupción". "Toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto…aguardando… la redención de nuestro cuerpo" (Ro 8, 20-23).

Jesucristo resucitado es una fuerza de transformación de la creación y de nuestra existencia personal; inicia un proceso de **metamorfosis de la finitud**, que abre un horizonte de esperanza al hombre desesperado. Esta metamorfosis tiene manifestaciones visibles y sociológicamente comprobables, no es una vana presunción del creyente. Jesucristo resucitado culmina los efectos de su encarnación haciendose presencia transformadora en la existencia concreta de cada uno de sus discípulos; convierte al Dios trascendente en presencia inmanente y definitiva en la existencia de cada uno de sus discípiluos. Y esta presencia no es visible en sí misma, pero sí es reconoscible por sus frutos de transformación de la vida personal y social.

Incontables existencias personales, de la máxima calidad humana, han estado y están, en todo tiempo y lugar, en total apertura al misterio de Dios, que ha iluminado su propio misterio. Por ello, la opción por la finitud infranqueable no puede ser la palabra última y única de la razón, excluyente de otras, en su reflexión sobre el misterio de la condición humana. Es un hecho social innegable que la encarnación y la resurrección de Cristo han afectado al destino del mundo. La humildad, como camino hacia la verdad, es exigible tanto al teólogo como al filósofo, tanto al creyente como al agnóstico.

3. Renacidos del agua y del Espíritu como testigos

Sabemos que la existencia y la presencia real de Dios en el mundo solo pueden acreditarse a través de su acción transformadora en nuestra vida personal y comunitaria. Por ello, nuestra tarea espiritual es actualizar cada día la experiencia originaria del "*nacer de nuevo*" "*de agua y de Espíritu*" (Jn 3, 5-7), de nuestra unción para la misión (cfr. Jn 20, 19-23) y permanecer *"arraigados y edificados"* en Cristo (Col 2, 7). Así acreditamos la autenticidad de la fe personal y de la vida cristiana de nuestras comunidades. Con este testimonio hacemos presente a Dios en un mundo que no tiene experiencia inmediata de Él.

El siguiente aspecto de nuestro testimonio es dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida (cfr. 1 Pe 3,15); por ejemplo, mediante el **Primer Anuncio** explícito del Evangelio a quienes no conocen a Cristo o se han olvidado de él.

4. La misión del Primer Anuncio

La necesidad urgente de un renovado Primer Anuncio del Evangelio viene dada por la nueva situación creada en la sociedad. Un grande y creciente número de nuestros conciudadanos desconocen realmente a Jesucristo y viven sin referencia a él. Y muchos de los cristianos han convertido su fe en un conjunto de creencias y prácticas, sin el fuego de la amistad personal con Jesús en el corazón.

Es oportuno, pues, renovar e intensificar en lo posible las prácticas sencillas de Primer Anuncio que hasta ahora hemos realizado de forma solo ocasional. Pero

comprobamos que esta forma sencilla de Primer Anuncio se ha hecho mucho más dificil en el actual clima social de reclusión de la fe en el ámbito de la conciencia y la vida privada.

En sentido preciso, el primer anuncio es "una *llamada,* una *propuesta,* una *invitación personal* a realizar un acto de aproximación, de confianza y de adhesion existencial a Jesucristo." (Morlans, pag. 185). Esta aproximación y adhesión se realiza con el mayor fruto en un proceso de acompañamiento personalizado, basado en una relación de confianza recíproca, que haga posible esclarecer e iluminr los interrogantes que agobian el corazón. En este proceso son necesarios el testimonio de vida cristiana del acompañante y su anuncio explícito del nucleo esencial del Evangelio de Jesucristo, en encuentros de escucha y diálogo semejantes al de Jesús con la Samaritana y a su camino con los discípulos de Emaús.

Este ejercicio del Primer Anuncio necesita una adecuada programación diocesana y procurar a las comunidades los medios necesarios para ofrecer con garantía este camino a las personas que están buscando una orientación religiosa para su vida.[2]

Esta nueva forma de anuncio del Evangelio requiere de todo el Pueblo de Dios, y en especial de los presbíteros, firme esperanza en el Espíritu Santo como inspirador y agente principal de nuestra misión. Confiados en su asistencia permanente vamos a ponernos en camino con alegría y en intensa comunión misionera.

Como expresión de nuestro sincero amor al Señor y de nuestra gozosa obediencia pastoral, los presbíteros renovamos hoy las promesas de nuestra ordenación sacerdotal. Y pedimos a todos los hermanos que nos acompañen en nuestro ministerio con su oración y colaboración apostólica.

Salamanca, 12 de Abril de 2017

---

[2] En su sentido más preciso, "con la expresión `**primer anuncio**´ se designan unas *actividades pastorales específicas, ya sean espontánas u organizadas, llevadas a cabo por individuos o por equipos, con la finalidad de prononer el mensaje nuclear del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo, a quienes habiéndole conocido se alejaron de él, y a quienes creyendo que ya le conocen suficientemente viven una fe Cristiana rutinaria; con la intención de suscitar en ellos un interés por Jesucristo que pueda llevar a una primera adhesion o a una revitalización de la fe en él."* (**X. Morlans**, *El primer anuncio*. PPC 2015. Pag.183). La acogida del primer anuncio es la puerta de entrada a la experiencia cristiana, que será conducida a su madurez en la catequesis, la liturgia y el cuidado de la vida en la comunidad cristiana.

En la actual situación de descristianización es imprescindible la programación comunitaria de los objetivos, contenidos, pedagogía y escenarios del primer anuncio para hacer posible la iniciación a la fe. Tal programación ha de tener como objetivos: "primero, crear posibilidades reales para encontrarse con Jesucristo y su Evangelio, así como lugares en los que sea posible tener la experiencia del cristianismo; segundo, dar a conocer las propuestas y exigencies fundamentales del Evangelio de Jesucristo; tercero, invitar a realizar seriamente la conversion a Dios y la adhesion a Jesucristo y su Evangelio; cuarto, acompañar, si es posible, a las personas interesadas a lo largo de este proceso que debería cambiar profundamente su vida." (**J. Gewaert**, *El primer anuncio*. Sal Terrae 2004. Pag. 23).